
Confiamos, arriesgamos y nos inventamos

Francisco Morfín Otero *



Sabríamos mucho más de las complejidades de la vida si nos aplicásemos a estudiar con abínco sus contradicciones en vez de perder tanto tiempo con las identidades y las coherencias, que éstas tienen la obligación de explicarse por sí mismas.

José Saramago, *La caverna*

La confianza ha sido estudiada en las últimas décadas como factor esencial de la vida económica de nuestras sociedades. Al incremento de ella entre los miembros de una comunidad con respecto a sí mismos y sus instituciones se le llama capital social; sin embargo, la confianza tiene varias dimensiones que vale la pena analizar. Desde una perspectiva personal, aparece como disposición necesaria para la construcción de la identidad propia; pero desde un enfoque social es la posibilidad de construir una identidad de grupo que da sentido de pertenencia. La cada vez mayor complejidad de las relaciones humanas provocada por la mundialización de la economía y las tecnologías de información y comunicación abren las puertas a la comprensión de estas dimensiones pues cotidianamente nos ponen frente a lo extraño.

Ambas dimensiones se pueden entender de manera contradictoria, ya que en sus propias manifestaciones hay rasgos que nos hablan de un claro camino hacia la humanización y de otros que lo impiden. En lo que sigue se analizará la confianza desde el ámbito de lo personal en dos aspectos: por una parte, la llamada básica, entendida como algo dado en el ser humano y la que se tiene en uno mismo, que se construye en la dife-

renciación del yo con respecto al tú; asimismo, la que se pone en los otros, que incluye a su vez dos aspectos: la confianza en la predictibilidad de las respuestas de los demás y la que se pone en la capacidad del otro de actuar según su propia libertad.

La dinámica de la confianza en la capacidad de actuar con libertad se entiende en relación con la construcción de la identidad de la persona, lo que arriesga, aquello que se quiere controlar en el acto de confiar y el contexto que acuerda como convención en la interacción con otras personas. Posteriormente se tratará la relación que existe entre confianza y desconfianza, lo que llevará a identificar la traición, la mentira y un estado paranoico en el que sentimos que todo nos amenaza. A lo largo del texto se intentara bordar sobre estas dos dimensiones con la intención de construir un concepto amplio que dé cuenta de un proceso de humanización de la persona.

Dimensiones de la confianza

Al describir el proceso de individualización y socialización de toda persona, Henri Atlan dice que al nacer nos encontramos con la negación y el todo de manera simultánea. Se recibe de nuestros padres un contexto social que hace viable la vida no sólo como formas de comportamiento sino también como un conjunto de estímulos que forman su sensibilidad, “sin saber cómo se forma ni sus logros”. Al enseñarnos este mundo, los padres no saben las particularidades con las que lo entenderemos; es el ámbito del no, de la negación, en un proceso de comprensión de las convenciones sociales aceptadas.

* Maestro en educación, profesor e investigador del Departamento de Electrónica, Sistemas e Información del ITESO, alumno del Doctorado en Filosofía de la Educación.

Por otra parte, la transmisión de saberes y costumbres de nuestro grupo social introduce en nosotros una complejidad que nos remite a la idea de lo posible, el ámbito de posibilidades de lo que creemos poder ser se expande y nos acerca a un mundo complejo en el que es preciso optar e integrar. En este ámbito de posibilidades optamos por lo que queremos con la idea de que así nos integramos más como personas.

La posibilidad de que lleguemos a tener un futuro depende de las personas con las que nos encontramos al nacer y durante los primeros años; esta posibilidad no tiene sólo que ver con lo biológico sino también con la forma en que vayamos comprendiendo las cosas de este mundo y nos entendamos. En esta situación sólo arriesgamos lo que permite la reacción a nuestros estímulos y en este reaccionar la persona se encuentra con su propio cuerpo; sin embargo, se vive la vida con una confianza básica dada y que en sus primeras manifestaciones significa no saber qué queremos ni qué podemos. La manera en que los padres, familia, etc. nos enseñan a relacionarnos nos ayuda a conformar esta confianza básica como principio de acción.¹

En el encuentro con lo posible se construye la confianza auténtica. Podríamos pensar que el niño la tiene ya en ese todo que le rodea y le transfiere su grupo social de referencia; sin embargo, más que confianza, se encuentra con un todo en el que no sabe qué es lo que quiere pero que se le va haciendo familiar. No se trata de la confianza auténtica sino de formar parte de ese todo con el cuidado de los otros. Lo familiar, en su regularidad, está incluido en la confianza. A medida que el ser humano identifica y actúa en el mundo de lo posible encuentra grados diferenciados de complejidad como respuestas a sus acciones, lo que posibilita la formación de la identidad de cada uno y la construcción de aquello en que se cree que consiste la confianza.

Como estado de acción, la confianza es la puesta en uno mismo, pero no entendida como la que se pone en aquello que uno es capaz de hacer sino como la capacidad de reconocerse uno mismo en situación y poderse preguntar ¿en dónde estoy? y ¿qué es lo que parece seguir en el futuro? Por eso Niklas Luhmann considera que la confianza es la fe en las expectativas que el sujeto tiene en el futuro de su presente y asegura que “una completa ausencia de confianza le impediría (a cualquier persona) levantarse por la mañana”.² Es un punto

de partida para la acción, sin confianza no hay acción posible porque cada ser humano podría esperar cualquier cosa del futuro inmediato. Ella tiene que ver con la complejidad que nos muestra el presente respecto de los futuros posibles; es, pues, un mecanismo de reducción de la complejidad del mundo que nos rodea.

La que se pone en uno mismo pareciera ser la confianza en la confianza, es decir, la capacidad de creer que entre las expectativas de uno hemos encontrado ciertas regularidades que reducen la complejidad que nos mostraría el presente si pensáramos todos los estados futuros posibles; la reducción de la complejidad implica en sí una selección previa de los futuros posibles. Esta confianza se construye en el acto de confiar, cuando se hace posible la acción de comunicar a los otros el producto de la reflexión de la experiencia personal. Hay una relación de interdependencia entre confianza y acción posible gracias a la comunicación entre las personas. La fe en las expectativas de uno se construye en la comunicación y el intercambio con los demás.

Además de ser una disposición, es un estado de acción frente a la vida. Por eso puede cultivarse; la confianza en las expectativas de uno mismo se aprende en el proceso de individuación, en ese encuentro que paulatinamente tenemos con lo posible de nosotros mismos frente a la complejidad del mundo. La confianza en los demás y en uno mismo se aprende en las relaciones intersubjetivas,³ y en tanto que posibilita la construcción de contextos de significado. La identidad de la persona se construye en la diferenciación del yo con respecto del tú en un proceso de riesgo en la interacción con el otro para conocer los límites y las posibilidades. En este intercambio intersubjetivo la persona se apropia de los contextos convencionales de su entorno social y de la posibilidad de crear nuevos contextos. En la medida en que actuamos según la confianza en nuestras expectativas diferenciamos el yo del tú⁴ y nos vamos domesticando junto con los demás.⁵

Hasta aquí se ha dado cuenta de la dimensión de la confianza de la persona en sus propias expectativas. Esta confianza contiene dos determinaciones: el mundo como un todo dado al nacer, especificado en sus particularidades por la cultura del lugar y las personas entre las que nacemos, y el proceso de individuación en la diferenciación entre el yo y el tú que hace posible el reconocimiento de las expectativas del sujeto. A continua-

ción se analizará desde la perspectiva de la confianza que se pone en los otros.

La confianza, por estar centrada en la libertad humana, siempre es un riesgo. En toda relación interpersonal, decir lo que se siente y lo que se piensa y actuar en consecuencia implica el riesgo de no estar de acuerdo con el otro; pero son estas tres dimensiones, sentir, pensar y actuar, las que hacen posibles el aprendizaje y la construcción de la confianza.

Algunos autores han estudiado la confianza que se construye en relación con las demás personas.⁶ Daryl Koehn⁷ encuentra que hay una clara relación entre lo que los teóricos suponen que es el valor de la confianza y el grado de confianza que estos imputan a una persona. Para Francis Fukuyama la confianza es “la expectativa que surge dentro de una comunidad respecto del comportamiento honesto, normal y cooperativo de las

demás personas, basado en normas compartidas”. En esta afirmación, Fukuyama pone la confianza en la base de la acción sobre la plataforma de lo ya conocido y aceptado, es decir, sobre lo familiar. Luhmann hace una diferencia importante al aclarar que la confianza en lo familiar implica una acción que no necesariamente parte de la reducción de la complejidad porque en lo familiar esperamos desde antes de la acción la respuesta futura.

De Luhmann, Robert Solomon y Fernando Flores podemos deducir que la confianza que conviene entender es aquella que arriesga y de alguna manera recupera en nuestra acción la historia que se ha vivido, con todo y sus regularidades, y nos lanza a una acción que puede ser arriesgada por la incertidumbre de su respuesta. El acto de confiar contiene una acción ingenua en la medida en que arriesga por lo incierto y un tanto racional



Sin título, de la serie “Marca registrada”, óleo sobre madera, 12 x 17 cm, 2001, colección Joe Rank.

porque la acción es producto del cálculo del límite de la misma. En todos los casos la confianza parece ser el aglutinante del continuo del futuro del presente personal.

Annete Baier define la confianza como las expectativas del que confía recibir las bondades (aprobación y apoyo) de la parte confiada. Tanto en la definición de Fukuyama como en la de Baier, Koehn observa tres notas importantes:

- Ambas la tratan como un fenómeno exclusivamente interpersonal. La confianza de una persona se pone en los demás y en uno mismo, de donde parece concluirse que la confianza en lo que uno puede es la base de toda confianza, pero siempre en un contexto familiar que restringe las posibilidades de creación de distinciones fuera de lo convencional y opera en lógica de exclusión; es decir, todo aquello que no concuerda con lo que espero y/o esperamos en nuestro grupo social no tiene cabida. Esta confianza produce rigidez en las posturas, exclusión de los otros e incomunicación.
- Estas posturas nos llevan a ser parciales (utiliza la palabra *cronyism*, que se puede traducir como “amiguismo”) en la medida en que proponen confiar sólo en aquellas personas que creen lo que creemos y actúan según nuestras normas; sin embargo, aun cuando parezca haber acuerdo discursivo, las prácticas diferirán. Lo que en un conjunto de acciones alguien considera como clave del sentido de lo que se hace, para otra persona puede no significarlo. En estas posturas no cabe la posibilidad de confiar en quienes por pensar y actuar de manera distinta a la de nosotros, aun bajo la plataforma de normas acordadas, nos podrían ayudar a crecer.
El extremo al que nos lleva esta confianza es el aislamiento tanto paranoico.
- Ninguna de las definiciones nos da luz sobre el conjunto de normativas que involucra la confianza, es decir, que el tipo de comportamiento que se espera del otro y que asumiríamos como “bueno” contiene referencias a lo que cada uno de nosotros ya espera en determinada situación, son normativas cuya definición se constituye de manera autorreferencial respecto de quién es el que define cuáles son las bondades esperables del otro o cuál es el comportamiento adecuado.

En esta autorreferencialidad de las definiciones lo que queda protegido son las formas de acción; pero sólo las formas, de manera independiente del sentido. Crean, pues, la imposibilidad de comunicación de aquello que queda fuera de los significados acordados, es decir, de los contextos de acción del grupo.

La confianza se produce en la acción sobre lo desconocido o lo posible, es decir, la acción libre de cada ser humano. Las normas pueden llegar a ser producto de las acciones basadas en ella pero no al revés. Gracias a la confianza podemos inventar contracontextos⁸ emergentes que por la vía de los acuerdos convencionales o la creación de normas persistirán como integrados a la cultura del grupo social.

Por otra parte, confiamos en la acción basada en las normas establecidas porque nos son familiares y establecen los límites de la acción. Cualquiera que no haga lo acordado se someterá, por acuerdo, a penalidades definidas en las normas o el desprestigio que surge del acto de hacer público el incumplimiento.

El grado extremo de esta forma de ejercer la confianza sólo en las normas acordadas y la posibilidad de sanción si no se cumplen, es cuando el poder de hacer con otros se centra en el control de aquello que los otros tienen que hacer; se puede instalar en el autoritarismo, la negación del otro como persona libre y capaz de decidir, e impedir cualquier comunicación.

Los compromisos que uno adquiere bajo un esquema de control están en función de la carencia de otras opciones; en el momento en que se nos presenta otra opción menos mala, la tomamos sin mediar procesos internos que nos pongan libremente delante de alternativas de acción que respondan a lo que queremos y creemos haber querido en el continuo de nuestra vida. Por ejemplo, pensamos en los criterios para decidir entre opciones de trabajo cuando lo único que nos mueve es lo económico, lo cual llega a suceder a menudo en nuestras organizaciones empresariales. La confianza y el control sobre las acciones de los demás son incompatibles porque la clave de la confianza es la libertad,⁹ porque ésta es la posibilidad de comprometerse con un modo de vida. El encuentro de personas libres añade complejidad al mundo.

Sin libertad no necesitaríamos de la confianza para actuar, nuestra acción estaría determinada por agentes externos.

La confianza que se construye

La confianza en que el otro es capaz de hacer uso de su libertad y de actuar en consecuencia, es la confianza en lo extraño, la que no es por fuerza irracional aunque a primera vista pareciera serlo. Se trata más bien de confianza en la persona.¹⁰ La identidad se descubre en la propia libertad. La posibilidad de comunicar lo que nos conduce a esa libertad y a actuar en consecuencia es un acto arriesgado. El control que se llega a ejercer es respecto de las expectativas de uno mismo; no se busca controlar a los demás sino tener encuentros intersubjetivos, es decir, el empeño en comprender el significado de lo que mueve al otro e interpela a uno, y la exigencia de hacerlo dialogar con la propia experiencia sedimentada.¹¹ Poder hacer con los otros desde la confianza implica, como punto de partida, la comunicación de lo que se siente y piensa; la confianza se construye en un proceso de conversación que lleva a la acción y en ella misma. Toda conversación en una relación intersubjetiva formula acuerdos convencionales que generan entre los individuos compromisos de acción.¹² Es un encuentro con lo posible.

Para Baier la confianza auténtica es la que pone sus expectativas no en las bondades del otro sino en la acción que asegura la continuación de las bondades del otro que ya han venido siendo. Esta confianza presupone un otorgador de ella autocrítico, que valora el desacuerdo y se interesa en considerar si actúa de manera consistente con las relaciones existentes y continuas.¹³ Respecto a éstas, Luhmann,¹⁴ desde la perspectiva de que la confianza es una reducción de la complejidad, establece que la confianza muestra una relación problemática con el tiempo. A fin de cuentas “mostrar confianza es anticipar el futuro [...] toda experiencia del tiempo tiene como su última causa la experiencia de la duración a pesar de las impresiones cambiantes”. En esta concepción aparece la paradoja del tiempo como un estado en un punto independientemente de su historia, y como un suceso continuo que fluye sin control haciendo el futuro pasado. Sólo entendemos el estado puntual en el suceder de las cosas y viceversa. En cada momento sabemos que todos los estados futuros pueden ser presente, por eso es necesario reducir la complejidad:

En la medida en que los presentes verdaderos y futuros permanecen idénticos, esta selección provee “es-

tados”; en la medida en que genera discontinuidades, da origen a “sucesos”. Si la experiencia tiene conciencia de la diferencia entre su futuro en el presente y su presente en el futuro, la oportunidad surge de hacer una elección consciente, junto con la incertidumbre y una necesidad de consolidar relaciones entre los presentes actuales y los presentes futuros que el futuro en el presente parece poner en peligro.¹⁵

La confianza tiene, pues, una relación con el tiempo, pero con el que se vive cotidianamente, con el que ha ido definiendo la propia historia, y en esta historia la confianza se funda en la fidelidad a ese que se va siendo y queriendo ser y que, por lo tanto, no se es aún. En el acto de confiar son determinantes la historia personal y el ámbito de posibilidades futuras del presente visto como el futuro de ese que se va queriendo ser y se ha ido siendo, en esto consisten las opciones que seleccionamos en el acto de confiar.

Para Flores y Solomon la confianza es un tipo de libertad; no sólo la de sospechar y desconfiar sino la de llevar a cabo toda clase de actos posibles, en particular en relación con otras personas. La construcción de la confianza es un acto político que conduce a la convivencia. Por eso se cultiva y puede ser ingenua y ciega. Y es la libertad de acción de los seres humanos la que produce el aumento de complejidad en el que se centra la confianza. Apunta Luhmann que “la confianza entonces, es la expectativa generalizada de que el otro manejará su libertad, su potencial perturbador para la acción diversa, manteniendo su personalidad (la que ha mostrado o hecho visible)”.¹⁶

Los compromisos adquiridos bajo el esquema de la confianza son producto de ese que se va siendo y se va queriendo ser, según Solomon y Flores “la gran ventaja de una cultura de la confianza frente a una cultura del poder es la capacidad —la necesidad— de apreciar las circunstancias y puntos de vista de las otras personas”,¹⁷ en todas las relaciones que construimos: laborales, de amistad, de pareja, sociales, etc. Por esto —continúan los autores— “es a través de la confianza que adquirimos el mayor poder: no el poder sobre los otros, sino algo mucho más importante —la posibilidad para cada uno y todos nosotros de lograr nuestro mayor potencial juntos”.

Cuando la confianza que se pone en los otros se centra en el supuesto de que el otro actuará con libertad y fiel al modo de proceder que ha construido para sí a lo largo de su historia, la per-

sona puede confiar en sus propias expectativas. Sin embargo, cuando la confianza que se pone en los otros está centrada en el control sobre sus acciones, la persona confía en lo que puede hacer, no tanto en lo que puede ser. Esta última forma de confianza se centra en la posibilidad de la punición a partir de la familiaridad respecto de las normas tácitas o explícitas, pero no se pregunta por el sentido del contexto familiar frente a lo extraño ni, en consecuencia, por el sentido de la norma acordada. La forma se hace contenido.

Confianza y desconfianza

Para entender mejor la confianza nos ayudará, por una parte, pensarla desde opciones que se le contraponen, como la traición y la paranoia¹⁸ y, por otra, remitirlo a la experiencia cotidiana. Susana Tamaro cuenta en *Hasta donde el corazón te lleve* que hay días en que uno cree todo perdido y se siente en la vida como perdido y sin futuro, cuando sin esperarlo ni buscarlo “una ráfaga de viento sopla” y abre todo y sentimos que la vida comienza de nuevo.

Federico Fellini, en *Las noches de Cabiria*, nos muestra algo semejante. Cabiria, confiada siempre en sí misma, construye relaciones fuertes, amorosas y de amistad, y se descubre traicionada en cada una de ellas. Llega un momento en que cree entender cómo es el mundo y esta comprensión la sumerge en una espiral de depresión, ve todo perdido. Al final, caminando por una alameda, se encuentra con un grupo de jóvenes que festejan algo, y en ese contacto nos regala una sonrisa que nos recuerda que vale la pena vivir, y esa forma de vivir sólo es posible arriesgando confiadamente en nuestras expectativas. La confianza incluye como constitutivo la desconfianza. Aunque siempre existe la posibilidad de la traición, e incluso de la mentira, esta última se vive de manera diferente.

La desconfianza puede entenderse también como un mecanismo de reducción de la complejidad. No se contrapone a la confianza sino que cada una abre caminos distintos; una no excluye a la otra sino que se trata de formas distintas de ver lo mismo, ambas se construyen en relación con la complejidad del mundo que vivimos, producto de la libertad de los demás. La confianza nos pone en el camino de creer y, por lo tanto, de esperar; la desconfianza, en el camino de la sospecha. Esta última, por ser generadora de sospecha incluso

sin necesidad de evidencias, podría derivar en aislamiento de la persona o en acciones agresivas o hasta violentas, se trata de la sospecha de que algo está contra nosotros. Pensemos en la espiral de violencia emocional y a veces física que se genera en una persona con celos por su pareja. Por otro lado, la desconfianza como acto de sospecha puede incorporarse en la confianza, puesto que esta última se construye y no es irracional, excepto la confianza básica de la infancia: “no hay loco que coma lumbre”. El extremo de la sospecha es la paranoia; ésta sí implica un rechazo a la confianza puesto que sentimos que todo nos amenaza. La paranoia cierra posibilidades, todo intercambio comunicacional genera sospecha, lo que impide la intersubjetividad. Cualquier posibilidad de acción, y por lo tanto de vida, es desechada por miedo.

La traición tiene que ver con las expectativas de uno frente a las respuestas del otro; sin embargo, la acción del otro puede responder a motivos no imputables a una traición:

La posible indignación de alguien no basta para que haya un culpable de ella, tampoco el dolor posible, nadie hace nada convencido de que esté mal hecho, es sólo que en muchos momentos uno no puede tener en cuenta a los otros, nos quedaríamos paralizados, a veces uno no puede pensar más que en sí mismo y en ese momento, no en lo que viene luego.¹⁹

Pero la mentira, aunque incluida en el acto de confiar, siempre produce un rompimiento de la confianza porque lo que se va haciendo familiar es lo inesperado: la incertidumbre sistemática respecto de las respuestas del otro sin un referente a su libertad comprometida ni a la posibilidad de entablar conversaciones que nos permitan entender desde dónde actúa: “contar es lo mismo que convencer o hacerse entender o hacer ver y así todo puede ser comprendido, hasta lo más infame, todo perdonado cuando hay algo que perdonar, todo pasado por alto o asimilado y aún compadecido [...]”²⁰ Lo que consideramos traición o mentira en la respuesta del otro requiere de verificación en la dinámica de la construcción de la confianza, por eso la comunicación resulta clave en la construcción de la confianza. Esta verificación en muchas ocasiones requiere del perdón, ese que “nace de la persona, no de juicios, opiniones o razonamientos, y se dirige a la otra persona en su mismidad siempre salvable, nunca ‘dada’,

inconclusa hasta la muerte... (y que es) una de las vías que hacen posible la circulación biográfica por ese mundo (personal)".²¹

En la construcción de la confianza que se otorga aparece un tipo en especial importante por la disposición que nos produce frente a la vida, la que ponemos en aquello que creemos superior a nosotros mismos. En toda confianza existe un desconocimiento parcial del individuo de lo que en realidad se puede esperar. Cuando este desconocimiento se instala de manera que la confianza en lo que suceda obedece a designios superiores a nosotros mismos nos impedimos la posibilidad de actuar más allá de desearlo y pedirlo; es el *Deux ex Machina*. La identidad de la persona está en relación sólo con lo que le sea dado, no construido, y si es que le será dado. Sigue siendo una creencia en las expectativas de uno mismo, pero éstas no se corresponden con la acción personal, por lo que la persona no arriesga más allá de la petición de que algo suceda y su único control es sobre el modo en que aceptará lo que venga. Es una especie de apatía religiosa que se da no sólo en relación con un dios sino con las cosas en general, en particular con la tecnología. Al impedir la acción no se puede aprender en ésta la confianza.

En suma, aprendemos a confiar desde la infancia. Empezamos a construir una confianza heredada que es determinada por la forma en que se organiza la relación familiar. Desde entonces la confianza en los otros y el control sobre los demás se oponen de manera radical. La confianza implica el supuesto de que los demás actuarán según su propia libertad al tener en cuenta fines personales y de convivencia, el control implica el supuesto de que los demás actuarán según las expectativas de uno y para los fines que uno ha decidido. En el contexto familiar encontramos tanto la confianza como el control entremezclándose con la ambigüedad común de que ambas son para nuestro bien.

En la medida en que aceptamos las reglas del control permitimos ser "domados" y centramos nuestra acción en las formas permitidas impidiéndonos así la articulación de los símbolos para construir significados propios. La identidad se ajusta a condicionantes externos, y nuestras expectativas dejan de ser ese que se va queriendo ser, se configuran en términos de lo que se asume que otros quieren que se siga siendo. En este sentido, toda confianza basada en la fidelidad a los otros asume la exigencia de la fidelidad de los demás a nosotros, es una confianza restrictiva, condicionada, ge-

neradora de alianzas nocivas y destructora de relaciones entre las personas.

En la medida en que las expectativas se relacionan con ese que se ha sido, se va siendo y se va queriendo ser, las condiciones de la confianza están puestas en la fidelidad a nosotros mismos y en la capacidad de los demás de ser fieles a sí mismos y a nosotros, es decir, de actuar con libertad. La confianza que asume la capacidad de cada uno de ser fieles a ese que se va siendo y se quiere ser nos permite arriesgar nuevas visiones del mundo y nos obliga a establecer conversaciones comprometidas con los demás.

La confianza comienza por confiar en la posibilidad de que suceda una configuración favorable y deseable de futuro por la acción propia y de los demás. Se construye en una disposición fundamental que, por una parte, implica la capacidad de descubrir en la reflexión sobre la propia acción, ese que se ha ido siendo, se va siendo y que se va queriendo ser, y por otra, contiene la aceptación de que el otro actuará con libertad y en ese actuar, por la vía del intercambio comunicacional (una forma importante de ésta es la conversación) podremos entender las circunstancias y razones de la acción de los otros. Por eso confiar implica arriesgarnos en la creación de nuevos mundos junto con los demás. La confianza en una sociedad no es algo dado sino el producto de acciones colectivas y conscientes.

La confianza y la invención de la cultura

En la base de la invención de la cultura está la confianza. Para Xavier Zubiri²² el ser humano es un ser de realidades, es decir, que en toda aprehensión de realidad, ésta se nos impone con su fuerza propia, aprehendemos la realidad y al mismo tiempo nos aprehendemos nosotros mismos como realidad. En esta doble actualización del mismo momento de aprehensión de realidad el ser humano no sólo puede sino que tiene la necesidad de hacerse cargo de la realidad que se le impone, así como de la propia. En este proceso de hacerse cargo de sus realidades vamos haciéndonos seres humanos con las cosas y con las demás personas.

Por otra parte, Roy Wagner, para explicar la forma en que inventamos la cultura, da cuenta de su experiencia como antropólogo. Dice que el acto de hacer familiar lo extraño siempre hace extraño lo familiar, "entre más familiar se haga lo extraño, más



Sin título, de la serie "Marca registrada", óleo sobre madera, 12 x 17 cm, 2001.

extraño aparece lo familiar [...] el antropólogo inventa la cultura para la gente y ellos inventan la cultura para él";²³ el ser humano es un inventor, y toda invención implica un acto de confianza fundamental.

La invención compartida nos permite construir contextos de significado. Todo contexto requiere de una experiencia previa, al mismo tiempo que nuestra experiencia crea el contexto. En los contextos socialmente construidos y aceptados encontramos un conjunto de símbolos relacionados con coherencia que forman los significados del contexto, a la vez que extienden el ámbito del mismo. La comunicación es la clave de construcción de los contextos aceptados como una convención social. Sin la comunicación no sería posible la expresión y viceversa, son elementos interdependientes y hacen posible la formación de significados.

Para Wagner, en la creación de contextos culturales vivimos el proceso de hacer algo obvio, *obviation*; y se trata del "proceso mediante el cual hacemos que el signo llegue a ser lo que significa el signo, es decir, que desaparezca la distinción entre ambos".²⁴ Pero en todo proceso de obviar hay un

enmascaramiento que nos hace no darnos cuenta de lo que obviamos. Al encontrar este enmascaramiento, nos regresa al hecho de que cada contexto contiene su contracontexto, abre las puertas a nuevas relaciones entre los objetos ya articulados.

En la apropiación de los contextos sociales convencionales encontramos nuestra identidad social. Pero, según este autor, cada contexto contiene su extensión, lo que no aparece en el contexto, como un contracontexto que la reflexión sobre nuestra experiencia nos descubre. En la comunicación de estas extensiones a otros y a nosotros mismos vamos encontrando nuestra identidad personal. Cuando el proceso para hacer convencional un contracontexto, es decir convertirlo en contexto, va del individuo al grupo, se produce una interacción de individualidades; cuando surge del grupo hacia el individuo aparecen las condiciones de convivencia de la comunidad.

El ser humano es, pues, el inventor de su cultura y, por lo tanto, de sí mismo. En la invención las personas crean y recrean significados. Cuando inventan un nuevo contracontexto de manera indi-

vidual lo comunican a otros con el ánimo de llegar a acordarlo como algo socialmente convencional. La confianza parece ser el motor determinante de esta comunicación. Comunicar un contracontexto implica arriesgarse a modificar la articulación aceptada de los símbolos que lo constituyen para crear nuevos significados, en este arriesgarse pueden modificarse también las expectativas de uno mismo y de los demás.

Al comunicarlo se confía en que el contracontexto que se ha creado, a pesar de modificar la forma en que se está entre las cosas, modifica las posibilidades de la especie y, en consecuencia, amplía el ámbito de posibilidades para hacerse más humanos.

Confiar es el acto en el que se funda la invención humana. La confianza es la disposición en la que se sustenta este acto. La convención y la confianza se alimentan, existen la una con la otra. Sin contextos convencionales no podríamos saber en qué ni cómo confiar, es el ámbito de lo familiar. Sin confianza no podríamos crear nuevos contextos de acción en nuestro grupo, es el acto de desmascarar lo que están obviando los contextos convencionales. La confianza nos permite, a partir de nuestras experiencias, cuestionar el sentido de los contextos, proponer contracontextos y acordar con los otros los nuevos significados compartidos, que en algunos casos persistirán a manera de normas. En este proceso aprendemos a confiar. La comunicación es la clave del dinamismo de la construcción de confianza que se da en la generación de contextos sociales de acción.

La confianza crea seguridades suficientes para intentar algo diferente. Pasamos la vida en busca de seguridades a pesar de la certeza de vivir un mundo regido por la incertidumbre. En cada seguridad encontrada nos ubicamos en un modo de proceder que parece crear un dinamismo de inmovilidad: si estamos seguros, ¿para qué movernos? Este movimiento a la inacción nos acerca a la muerte. Actuar es, pues, también aventurarse por el mundo de las incertidumbres, lo que nos resta seguridad pero construye confianza. Por eso la confianza de la que hablamos no puede ser aquella que ponemos en cosas externas, en el intercambio justo del mercado regido bajo reglas previamente establecidas, como cree Fukuyama,²⁵ sino en que la acción emprendida tiene una historia personal que la posibilita y moldea ese que uno va siendo y queriendo ser, lo que permite una confianza en lo que uno mismo cree esperar. Y, al ser una confianza en las capacidades de uno mis-

mo, puede ser también una confianza en las cosas del mundo en el que se vive. Pedro Salinas lo dice de la siguiente manera:

Mientras haya
Lo que hubo ayer, lo que hay hoy,
Lo que venga.▲

Notas

1. Solomon, Robert y Fernando Flores. *Building trust, in business, politics, relationships and life*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2001.
2. Luhmann, Niklas. *Confianza*, Universidad Iberoamericana/Antrophos, México/España, 1996.
3. Shutz, Alfred. *El problema de la realidad social*, Amorrortu, Buenos Aires, 1963.
4. Luhmann, Niklas. *Op. cit.*
5. En el sentido en que lo expresa Antoine de Saint-Exupery en *El principito*.
6. Baier, Annete. "Trust and anti-trust", en *Ethics*, Harvard University Press, Cambridge, enero de 1986; Fukuyama, Francis. *Trust*, Atlántida, Buenos Aires, 1996; Luhmann, Niklas. *Op. cit.*; Solomon, Robert y Fernando Flores. *Op. cit.*
7. Koehn, Daryl. "Should we trust in trust?", en *American Business Law Journal*, núm.34, invierno de 1996, pp.183-203.
8. El término contracontexto lo emplea Roy Wagner para designar aquello que no ha sido acordado como convención significativa para un grupo y está contenido en los contextos convencionales.
9. Solomon, Robert y Fernando Flores. *Op. cit.*
10. Seligman, Adam B. "Trust and sociability: on the limits of confidence and role expectations", en *The American Journal of Economics and Sociology*, núm.57, octubre de 1998, pp.391. Se pregunta si al hablar de confianza no nos referimos a un concepto moderno que tiene su origen en el concepto de cortesía, que posteriormente es remplazado por civilidad.
11. Shutz, Alfred. *Op. cit.*
12. Spinosa, Charles, Fernando Flores y Hubert Dreyfus. *Disclosing new worlds. Entrepreneurship, democratic action, and the cultivation of solidarity*, The MIT Press, Cambridge, 1997.
13. Baier, Annete. *Op. cit.*
14. Luhmann, Niklas. *Op. cit.*
15. *Ibidem.*
16. *Ibid.*
17. Solomon, Robert y Fernando Flores. *Op. cit.*
18. *Ibidem.*
19. Marías, Javier. *Mañana en la batalla piensa en mí*, Alfaguara, Madrid, 1997.
20. *Ibidem.*
21. Marías, Javier. *Mapa del mundo personal*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
22. Zubiri, Xavier. "La respectividad de lo real", en *Realitas III-IV*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Editorial Labor, Madrid, 1979.
23. Wagner, Roy. *The invention of culture*, The University of Chicago Press, Chicago, 1981.
24. *Ibidem.*
25. Fukuyama, Francis. *Op. cit.*